

LA ESTRELLA.

PERIODICO SEMANARIO DE LITERATURA,

ILUSTRADO CON GRABADOS EN EL TESTO.

TOMO I. MEXICO, LUNES 9 DE AGOSTO DE 1852. — 53 NUM. 2.

NO PUEDE SER ATEO EL QUE SABE ANATOMIA.

Es muy comun tratar á los médicos de materialistas, y á nosotros nos admira que este error se haya generalizado; pero mucho mas nos choca que se les tache de ateos, cuando son ellos precisamente los que en sus atrevidas investigaciones han descubierto las pruebas mas terminantes de la existencia de una sabiduría creadora é infinita.

Nos duele oír con frecuencia, aun á los hombres mas ilustrados, espresarse en ese sentido desfavorable, solo tal vez porque alguna que otra inteligencia médica se haya preocupado hasta el punto de sentar como principios incontestables, deducciones mal sacadas de hechos que, si se han conocido bien en el análisis, no se han sabido interrogar sintéticamente; que si se han aplicado con acierto á las necesidades de la vida material, no se han sabido formular en un orden teórico legítimo. A cada paso se dice que la medicina desenoanta; que en la diseccion anatómica muere el espíritu; que es incompatible la idealidad, la poesía con el escalpelo; que nada ve el médico mas allá del mundo físico, y otras lindezas por este estilo, que todas envuelven, como se nota, las inculpaciones que hemos indicado;—como si hubiese otro estudio mas sorprendente y hermoso que el de la complicadísima cuanto delicada organizacion del hombre; como si la vista imponente del cuerpo inanimado no sugiriese las mas profundas reflexiones; como si al dislacerar la pulpa encefálica en el cadáver no resaltase que falta en ella, cual la luz en un planeta eclipsado, la centella inteligente; como si en el examen de las maravillosas funciones de relacion, que solo comprende bien el médico, no se descubriese lo mas sublime é ideal que enoñan las obras creadas; como si los ayes del dolor del enfermo que lucha con un mal terrible, ó las espansiones de gozo del que á beneficio del arte de Hipócrates se ve libre de la accion de las causas destructoras, no fuesen la mas elevada y conmovedora poesía; como si el campo de la muerte no fuera el lugar mas á propósito para fijar la planta y elevar la vista al cielo.

Venid al anfiteatro: ahí tenéis ese cuerpo inmóvil y helado á quien poco hace animaba la existencia. Mirad su semblante, ni una sola fibra de los tejidos se ha quebrado; todos sus músculos, y sus arterias y sus nervios están íntegros; sin embargo, no tiene espresion, nada brilla detrás de esos pálidos tegumentos, nada se refleja en ellos. ¿Les faltará la vida?—Perc la vida es un principio material, semejante al fluido eléctrico, que bien pudiera sustituirse en esa cabeza con el que emana de una pila de Volta, y por lo tanto no pudiera producir en ella los movimientos mas ó menos rápidos, mas ó menos fuertes, ó en esa cosa, falta mas que la vida, falta el alma, que á esos movimientos la espresion, la sensibilidad, y que en cada rasgo de esa fisonomía sin

cesar se reflejaba. Esto lo sabe el anatómico, lo concibe, lo comprende mejor que nadie. Pero tomad el escalpelo y diseCAD.

Abrid el ojo. ¿Qué mecanismo tan sencillo y tan sorprendente! Una membrana diáfana que da paso á la luz y la refracta, pero compuesta de siete hojas delgadísimas bañadas por un líquido que solo se hace notable cuando se condensa, y esto para que la transparencia sea constante y uniforme; detrás de esa membrana un humor, que hace experimentar á la luz otra desviacion, en seguida el iris con la pupila, esa otra membranilla de color oscuro, tan ténue, tan movable, que se dilata y se contrae con una prontitud y una facilidad pasmosas; luego la lente cristalina, cuerpecillo convexo, compuesto de muchas capas y rodeado de una membrana sutilísima; despues el humor vítreo, denso, viscoso, que llena mas de las cuatro quintas partes del huevo del ojo, y en el fondo la retina, como un espejo cóncavo, en el cual se pintan las imágenes exteriores al llegar la luz modificada por las diversas partes que ha atravesado. Sin esa admirab^{le} combinacion, el fenómeno de la vision no podria verificarse, ni en todas las circunstancias veria el ojo con la misma exactitud: todo está previsto en ese precioso mecanismo, y el estudio de cada uno de esos humores y membranas revela una ley, uná orden constante, una condicion indispensable que nada puede sustituir. Pero ved esos párpados, ved esas pestañas, ¡oh! cómo protejen el delicado órgano de la vista.

Ni un átomo de polvo podrá penetrar en él, y si á pesar de todo penetra, correrán en abundancia las lágrimas y lo arrojarán fuera. Seis musculillos ocultos rodean el globo del ojo para comunicarle mil movimientos, y uno mueve el párpado: multitud de nervios y arterillas y venas serpean por todos los tejidos del órgano distribuyéndose en ellos con la mayor profusion y simetría. Mas los ojos no sirven solo para ver, tambien son el espejo del alma: agite á esta, exáltela ó deprímala un sentimiento cualquiera una pasion, una simple idea, y la vereis manifestarse del modo mas elocuente en los ojos. ¿Quién no conoce y bendice en ese inimitable conjunto de partes sólidas y líquidas, que tan fielmente obedecen á sus estímulos apropiados y á las voliciones del espíritu, la mano de un Artífice omnipotente!—¿Pero quereis mas maravillas? Ved en el oído esa membranilla llamada tímpano. ¿Qué delgada, qué pequeña, qué sencilla en su estructura! Sin embargo, no se producirá una sola ondulacion en el aire, que no la mueva y lo comunique sus vibraciones: detras de ella hay un pequeño espacio, la caja del tímpano, ocupado por cuatro huesecillos, que unidos como los eslabones de una cadena, se adhieren por un extremo á la membrana, y por otro á un agujero,

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO.